

# PALABRA Y VOZ EN UN MUNDO DE IMÁGENES

RENÉ VÁZQUEZ DÍAZ

En la tumba de Olof Palme, en Estocolmo, la gente suele dejar, junto a las ofrendas florales, poemas sencillos escritos con la caligrafía de un niño o la mano temblorosa de un anciano. Como a mí los cementerios me atraen, pero ante todo por la admiración que siempre le tuve, soy un asiduo visitante de la tumba de Palme. Allí reflexiono unos instantes y, a veces, anoto algún que otro verso mojado por la lluvia. Unos meses después del asesinato recogí junto a su lápida, entre otros poemas, la siguiente línea: "Hermano, nos han dejado sin voz".

La voz, la palabra, la poesía. Sabemos que es la capacidad de hablar lo que esencialmente nos diferencia de las bestias. Pero también es el *uso del lenguaje* (manera y posibilidad de expresarnos, capacidad de creación léxica) lo que diferencia a los seres humanos entre sí. Las palabras revelan los temores, las preferencias, los valores de los individuos y las sociedades. Una misma palabra tiene raras veces el mismo significado para dos personas diferentes. Cuando yo digo que tengo miedo, o nostalgia, o angustia, o simplemente dolor de cabeza, nadie sabe a ciencia cierta qué es lo que yo estoy sintiendo. Hay palabras, cuyo significado es un enigma, pero sin las cuales no nos atreveríamos a explicar la existencia: eternidad, felicidad, muerte.

La poesía es la concreción de esa imantación mágica de las palabras. Por ello no actúa en las grandes superficies, sino que llega, verticalmente, a las profundidades. En las regiones cavernosas de lo humano, allí donde no creíamos que había agua ni luz, deposita la poesía la semillita de su flor. Hay quien escribe para que lo llamen poeta. Otros para pelear, como quería Strindberg y lo hizo toda su vida José Martí, pero la poesía es siempre la respuesta -a veces lograda, grandiosa, casi siempre rudimentaria- a una necesidad de expresar una íntima experiencia. Creo que la mano entristecida que dejó aquel verso sencillo en la tumba de Olof Palme, lo hizo respondiendo a una necesidad inapelable de dar expresión a un sentimiento que sólo la palabra poética podía satisfacer: transfiguración de la vivencia en lenguaje.

Ese poeta anónimo -quizás poeta de una sola línea en su vida, qué tremendo mérito- me hace pensar que quienes desprecian la poesía son los que jamás dudan, los que no oyen los lamentos de su época, ni los de su pueblo, ni sus propios lamentos. Son aquellos que nunca se han detenido a mirar de frente a una niña enferma o a un gato. Pero ante el amor, la muerte, la desesperación y las despedidas, todos somos niños de nuevo, o sea poetas.

Pero las palabras no sólo reflejan la realidad, también pueden condicionarla. Por ello el lenguaje puede ser prostituído, incluso por los propios poetas. Recuerdo unos poemas del diplomático norteamericano Armando Valladares en los que, en una mezcla estremecedora de infundios y verdades, decía: "Estoy sembrado en mi silla de ruedas/con la impotencia de un árbol/de raíces profundas". Después se vio que lo de su invalidez era un timo, y el mundo fue testigo de cómo se bajaba del avión que lo sacó de Cuba con agilidad de deportista. En vida de Duvalier, los periódicos cubanos de Miami solían hablar de *El dictador sanguinario del Caribe*, y uno tenía que tragar muchas veces para aceptar que se trataba de Fidel Castro. Y Fidel, a su vez, con su gran voz, entronizó en Cuba una verdad absoluta que no pudo más que generar una muchedumbre de mentiritas relativas. En 1981, en ocasión del Coloquio sobre Literatura Cubana, a tan sólo un año de un éxodo-en el que 100 mil cubanos abandonaron por el puerto Ma-riel, decepcionados, el proyecto revolucionario, el novelista Lisandro Otero evaluaba la situación cultural en términos muy floridos: "...la actividad cultural alcanza sus más altos índices y se desarrolla en un clima altamente creativo. Se demuestra que la centralización y la planificación en el campo cultural no conllevan necesariamente la burocratización y el mecanicismo". Hasta qué punto ese chorro de mentiritas piadosas era absurdo se demostró seis años más tarde, en el cuarto Congreso de la Unión de Escritores de Cuba, donde amargamente se constataba que "la crítica al pasado, y no al presente, era el único territorio donde podíamos ejercer el criterio".

La centralización misteriosamente elogiada por Otero produjo una pobreza devastadora en la prensa y en la literatura de un pueblo al que se le abolió la posibilidad de analizar, con la palabra escrita, sus propias condiciones de existencia. Eliminada la circulación de ideas polémicas impresas, con unos escritores y periodistas imposibilitados de "ejercer el criterio" en el seno de un pueblo recalcitantemente crítico, picaro y opinador, quedaba libre el camino para esos simuladores profesionales que son los burócratas.

Y es que todo poder político (o económico) tiende a despojar a las palabras de su verdadero sentido y a degradarlas a clisés, a consignas o anuncios comerciales. La publicidad marca el límite inferior de nuestro sometimiento. ¿A santo de qué tengo yo que soportar que me machaquen que la Coca-cola es "the real thing"? ¿Qué significa "con Fidel hasta el 2000"? ¿Hasta el 2000? ¿Y ahí termina la historia de Cuba? Quien posee el privilegio del uso masivo de la palabra es capaz de moldear el universo de representaciones mentales y la simbología de toda una época. ¿Qué habría sido de los cubanos sin los rezos bondadosos a todo lo vivo, entrañablemente líricos, de un Eliseo Diego; qué sin las grandes construcciones catedralicias de un Car-pentier o sin la sabrosura caderosa -fundadora de nacionalidad- de un Nicolás Guillen? ¿Y qué nos habría quedado sin los agrupamientos de cláusulas insólitas, enredadas, anaranjadas y picoteadas de pájaros como el cundiamor insular, de un José Lezama Lima? Sí, yo sé muy bien qué nos habría quedado: por una parte las consignas -ahora muy agrietadas- del *Granma*, y por otra los disparates -ahora muy magnificados- del diario *Las Américas*, órgano inquisitorial de la comunidad cubana de Miami.

Una de las labores del poeta, en tanto que creador de lenguaje, es velar con amor -con imaginación- por la dignidad de las

palabras. Buscarlas en la imaginería popular y en nuestra propia artesanía, para devolverlas en forma de imágenes que contrarresten los sistemas establecidos de imágenes oficiales, deformantes y manipuladoras.

No en balde decía Lezama Lima que la imagen es la causa secreta de la historia. Cuando una imagen se interioriza, hasta hacerse parte constitutiva de un individuo o una época, se habrá encendido en ellos el motor secreto capaz de condicionar su conducta en el tiempo. Eso lo saben muy bien los comerciantes y los brujeros de la información. También lo sabemos los poetas, y por eso tenemos que cuidarnos de nuestros colegas mañosos. Todos sabemos de los poetas líricamente militarizados que, con admirable habilidad y durante toda una vida, han reclutado poéticas tropas de acción rápida, zapadores, defensa antiaérea, servicios de inteligencia y desinformación, legiones de mercenarios, francotiradores y pelotones de ensayistas suicidas, así como gatilleros a sueldo cuya especialidad es liquidar a los adversarios líricos sin que jamás se sepa de dónde vino la bala fatal. Y todo en nombre de la poesía. Este fenómeno es muy peligroso para la integridad del discurso poético, y suele variar de acuerdo con las tradiciones de despotismo de cada país. Por eso, a pesar de los pesares, serán las palabras que elijamos, y no las eventuales enemistades poéticas, las que nos definirán; ellas serán el testimonio de la hermosura, la sinceridad o simplemente de las tonterías que seamos capaces de articular.

Observemos cómo el poeta anónimo de Estocolmo nos dice que la bala asesina lo ha dejado *sin voz*. Entre los aztecas, si no me equivoco, el emperador tenía el título de *tlatoani*, "el que habla". Y la raíz *tlatoa*, que significa hablar, está en la palabra lenguaje pero también en otros vocablos vinculados nada menos que al poder, como *tlatocan*, palabra que designa el Consejo Supremo, "de donde emana la autoridad". Es como si el poder del soberano radicara en su palabra, en su voz, en su discurso.

Hoy tenemos otros soberanos. Se nos matraquea con imágenes visuales y léxicas sobre "el fin de las ideologías y la historia". Pero es que mientras haya más de un individuo sobre la faz de la tierra habrá más de una interpretación de la existencia; habrá más de un interés y por tanto chismes y tensiones, luchas y exageraciones y habrá Caínes y Abeles; habrá actitudes diversas y antagónicas ante la terrible aventura del vivir, o sea que habrá ideologías, historia. También se nos abruma con un supuesto "Nuevo Orden Internacional". Pero si uno escarba en la frasecita empiezan a brotar los pordioseros y los desesperados, los aprovechadores, la muerte con una tarjeta American Express en el bolsillo y una retahíla de países encadenados a las finanzas foráneas. Y lo que es más funesto, vemos a organizaciones como la ONU convertirse en objetos de una sola *gran boca coercitiva*. ¿O acaso no acabamos de presenciar una guerra eufemística, con bombas que eran lucecitas muy cómicas en las pantallas de video, y el *bien benéfico* se enfrentaba al *mal maligno* mientras la CNN era adorable y nadie, como diría Pablo Neruda, vio correr la sangre por las calles? Porque a nosotros, como poetas, no nos interesa tanto quién diablos tiene la razón, sino cuántos niños perecieron, cuántos huérfanos lloran y cuánto tiempo tardarán en renacer las flores donde ahora hay un paisaje de cráteres. Y a nadie tenemos que pedirle perdón por lo que somos. A ningún partido, a ningún coronel, a ningún redactor jefe. Tengamos bien claro que los mandamases, ya sea en forma de políticos mendaces, publicistas adocotri-nadores o simples mercachifles, nos admiran porque no se atreverían a articular el desprecio que sienten por nosotros.

Como dice el poeta español Pérez Estrada, "para el oculista, Polifemo no es un mito: es un tuerto". Pero mientras haya un solo hombre en el mundo que deje un poema en la tumba de un ser querido, bajo la almohada de un soberano o en la mano de una mujer, nuestra razón de ser será indiscutible. Y creo que, ante el acto de escribir, todos debemos plantearnos la frase del poeta sueco Artur Lundkvist: "¿Qué prefieres, que te obliguen a callarte, o que te obliguen a hablar?"